

Carlos Real de Azúa, *Los recuerdos de “El Licenciado Peralta”*
Cuadernos de Marcha, Nº 11, Montevideo, marzo de 1968, pp. 3-4.

No es habitual el caso de que a los ochenta años de edad un hombre se aplique denodadamente a pergeñar sus recuerdos y aun lo es menos que alcance a publicar nueve volúmenes con ellos. Sin embargo, tal fue el extraño final de la existencia del Dr. Domingo González hasta que, en 1923, la muerte interrumpiera esa labor de una manera que, a esa altura de las cosas, sería difícil llamar abrupta. Así se sucedieron *Carnet de un filósofo de antaño* (I – 1917; II - 1918), *Sueño tártaro* (1917), *Bocetos y brochazos* (1918), *Los festines de Plutón* (1920), *Resonancias del pasado* (1920), *Al Indostán y a la China* (1921), *La atalaya de Ulises* (1922) y *Sexteto clásico* (1923). Labor tan considerable no se cumple sin algún acicate muy activo y especial y junto al estímulo de rescatar contornos de un pasado que sin su registro se perderían – es móvil común de toda literatura memorialista – parece haber actuado en el doctor González un vivo orgullo por su ancianidad lúcida y vigorosa. Los descendientes del doctor José María Castellanos, de quien fue estrecho amigo, recuerdan que, al final de su vida, González observaba despectivamente que “hoy cualquier sonso tiene cincuenta años”. Desde su cima octogenaria el logro le parecía ínfimo y estaba dispuesto a demostrar que tres décadas más no restaban nada a los alcances ni a las fuerzas del hombre.

Domingo González, o “El Licenciado Peralta”, como gustaba firmarse, había nacido en 1837 y fue hijo de un acaudalado comerciante español que sufrió las dolorosas alternativas de la Guerra Grande y cuya imagen estampó en tela admirable el pincel de Cayetano Gallino. Alumno de la legendaria escuela de Juan Manuel Bonifaz, su infancia y su adolescencia se movieron entre la ciudad y el Cerrito del Sitio, con esos frecuentes trasiegos de un campo al otro que suelen dejar asombrados a los que conciben esos ochos años de división nacional como una guerra formal y continuada. Empleado público más tarde, abogado desde 1861, González ingresó en la magistratura durante la dictadura de Latorre (1879) y alcanzó a integrar la entonces llamada Alta Corte de Justicia, en oportunidad de su creación en 1907.

Ninguno de los libros de recuerdos del doctor González es impecable – acaso el más logrado sea “La Atalaya de Ulises” – y cual más cual menos arrastra graves deficiencias sintácticas y un penoso lastre de divagaciones extremadamente erráticas. Sobre ello, la reiterada intervención de personajes semi-ficticios y semi-reales introduce en cada obra elementos de ambigüedad cuya clave de dilucidación, como es natural, se ha perdido. Sin embargo, el considerable conjunto que esos seis años de labor de pluma representan, merece algo más que el “succés d’estime” que registran las amables cartas de colegas y contemporáneos y que epilogan varios de los libros del “Licenciado”. Como no es infrecuente en la literatura memorial, muchas páginas – y son las que en lo que sigue se ha pretendido recoger – se salvan por su cálido valor testimonial y aun por cierta enternecida calidad de evocación: tal excelencia, creo, podrá hallarla, por ejemplo, el lector en el texto en que el anciano escritor reencuentra en los hontanares del recuerdo al niño deslumbrado – al Arturito protagonista y “alterego” – que ve crecer en la orilla portuaria, entre el estrépito de sierras y martillos, uno de aquellos veleros que en tiempos mejores llevaron por ríos y por mares la bandera del sol y de las franjas.

Prolongando una línea literaria que inició Isidoro de María en “Montevideo antiguo” y continuara D. Antonio Pereira en varios volúmenes de memorias, los libros del doctor González se filian todavía en cierto “costumbrismo” romántico que desde su origen español (Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón) había tenido su difundida versión latinoamericana en el peruano Ricardo Palma y sus “Tradiciones”. Y si bien es cierto que no hay ajuste cabal al molde y el gusto por la divagación marca otros prestigios y otros modelos; si bien es cierto que falta en el uruguayo el refinado arte del limeño y la relativa inmediatez de la materia memorada descartaba todo distanciamiento legendario, tales ausencias no dejan de compensarse con calidades de simplicidad, de interés inmediato y nudamente histórico que no son nada despreciables.

También el lector de esta selección del doctor González advertirá actuando como trasfondo de hechos narrados y personajes bocetados, cierta “tonalidad” de la vida y de las conductas de aquel lejano Montevideo, de aquella pequeña ciudad marítima de 1840, de 1860, de 1875.

Se trata de un difuso pero penetrante temple pequeño-burgués y comerciante, aun profundamente español, pacato, murmurador, amistoso, bien humorado. Es el acento de un mundo tan satisfecho como asombrosamente circunscrito, en el que vicios, pasiones, manías, apetitos son de limitado radio y todos conocen a todos y se saben al dedillo pecados y virtudes, bellaquerías y abnegaciones. También un mundo en el que la discordia con las pautas dominantes se expide en multitud de seres pintorescos y estrafalarios cuya silueta el memorialista traza a menudo y que, en su acentuado perfil, son como el ápice individual de aquella sociedad en la que nada resultaba anónimo ni anómico. Parece entonces innecesario decir que la gracia de esa colectividad castiza es todavía la gruesa “sal” española con sus caídas a la chocarrería, aunque las buenas maneras del escritor eludan sus versiones más directas y sólo sobrenade al nivel de lo insinuado.

Pero como “El Licenciado Peralta” evocaba su infancia y juventud a medio siglo de distancia, también sería dable advertir en estas páginas la refracción que las hondas transformaciones de las dos primeras décadas de nuestra centuria uruguaya estaban produciendo en un representante tan típico de la vieja burguesía doctoral. Aquí se encontrará la nostalgia del “buen tiempo viejo” y la antipatía por todo “modernismo”. Y el encomio del principio de jerarquía de clase contra el “socialismo” y la igualdad en avance. Y el rigor del magistrado contra todo sentimentalismo ante el crimen y los criminales. Y la afirmación de los valores del trabajo, la austeridad, la continencia que habían hecho la fuerza de nuestra clase media y se erizaban entonces frente a lo que veía como la prédica oficial por el ocio y la promoción desatentada de los juegos de azar. Y aun la desesperanzada apelación a la medida, a los pausados ritmos del vivir, ya perturbados por un mundo de móviles veloces que aún estaba en su infancia. Las costosas ramblas, satirizadas por toda la opinión conservadora, el Hotel Carrasco, todavía oloroso a mamposterías y barnices, el inminente, efusivo “bataclán” eran las señas horribles de un universo en vertiginoso trance de perdición. Tales actitudes, que configuraron toda una mentalidad y que las páginas del “Licenciado” vierten de modo muy transparente, agregan un valor más a estos textos que bien vale la pena hoy, así sea fragmentados, rescatar de su situación de olvidados y aun de difícilmente hallables.